

Bonita...

Poemas de amor

Salvador Pliego

Copyright © 2008
COPYRIGHT by Salvador Pliego. All rights reserved.
Houston, Tx. USA

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser parcial o totalmente copiado o reproducido de cualquier forma sin autorización del autor.
Derechos reservados por el autor y debidamente registrado.

Introducción:

Un día me dijeron: ¿Para ti, qué es poesía? Alcé mi vista y miré sus ojos. De ahí la poesía. Divagué con ella como vuelan sus pupilas y nació mi verso, y brotó el consuelo de mi pluma y su desvelo. Ella es poesía. Toda ella como un verso.

En este libro presento una compilación de versos románticos, algunos de ellos ya publicados anteriormente. Agrego, además, nuevos poemas para dar vida y canto a éste nuevo libro.

Flores y espinas

Bonita

¡Bonita!

Mi alma tórrida y aguerrida te busca
entre los páramos para saciarse.

En silencio te imagino como eres:
El verano del follaje y las azaleas,
picoteando uvas dulces y pistilos.
Llenas pájaros y zurces alas en las nubes.

Emigra mi alma a cualquier rincón para buscarte.

El trino de la lejanía suave y delicado
se esparce, sacude y hace eco.

¡Bonita!, te imagino como eres.

Mi alma se complace y vuela incógnita para saciarse.
Arte y vuelo se conjugan
y te escapas entre plumas, alas y enramadas:
lúcida y coqueta, indómita y endeble,
taciturna y sonrojada.
Te imagino atrapada en la espesura.

Trasluces los colores y los mezclas,
aromática y seductora, trigueña flor en vilo.

Mi alma excitada te dibuja como eres.

Donde estés

I

Es la tentación o el embriago de tenerte,
el deseo abisal de poseerte...
Y es que mi alma vive en tu presencia,
iluminándose debajo de tu pecho,
encima de tus labios, dentro de tu cuerpo.

Vivo en el sentido de tu sombra,
en la latitud glandular de tus aromas,
el iris nonato de tu vientre,

el espacio en que tu pecho
hace en mi pecho el elixir que me exalta
y no soporto tu ausencia
más allá de mi palabra.

II

Vas en busca de la vida
y te me escapabas a ratos de las manos.
Entonces te busco:
voy a donde estés, a donde vayas,
a cruzarme en el paraje de la calle,
a defenderme del ruido ensordecedor
que silencian tus vocales,
a hablarte entre lámparas y avenidas.

Sé que estás ahí,
en alguna parte,
en la ciudad, en su bagaje,
y me decido a perseguirte
a donde vayas, donde estés, donde camines.

III

Iré por ti a donde quieras,
donde pises, donde cruces.
Iré escondido
en los ojos de las nubes a buscarte,
tras las correrías y las cercas a husmearte,
para susurrarte versos mientras
te devoras la mañana,
mientras tú ennobleces la ciudad entre sus faldas,
para acariciar la melodía en tu mirada.

Iré escondido entre los rabos de las nubes,
sigilosamente, para no despertar sospecha
y verte de reojo, para ver tus manos
agitando el viento que llega acariciando,
para devolverte un beso agitado
y que la nube me agazape
si me viese sonrojado.

IV

Ahí, donde estés,
entre el barullo y caminando,
en la ciudad, en lo cotidiano,
aquel susurro por las nubes,
aquel salmo enamorado

que se escucha por tu paso,
quizá sea yo:
escondido, flechado, agazapado,
susurrándote al oído,
besándote en los labios.

Me bastan tus ojos

I
Hay cumbres tan altas que el mar las mira
y echan bramidos cuando esquivan.

Me tienta el alma, con su mirada,
esa luna que irradia luces en su balada.
Voy a la cima y me recuesto para observarla,
sin que lo sepa, para tocarla,
para bajarla de lado y enamorarla.

Para tocarla, para palparla,
me bastan tus ojos para mirarla.

II
Basten tus ojos mirando firme
para rehacer mi pecho en tu pecho y viva

Emerge en tu iris esa alegría
que desafía la lejanía,
que irrumpe y vuelca, trastoca y clama.

Me bastan tus ojos y enamorarme junto a tu boca.
Mirarme junto a tus labios
para esconderme bajo tus brazos.

Ese arrebató tan desbocado,
luna y espuma, chispazo alado,
y una pupila mirando al día.

Me bastan tus ojos claros
y una mirada desprevenida,
que suene a beso ilusionado,
que esconda a ambos confabulados.

Me tienta el brío saberte mía.
Basten tus ojos para que viva mi pecho y sea.

Me bastan tus ojos claros
y una mirada desprevenida.

III

Hay una mirada inolvidable
que se percibe desde la luna,
cómplice incógnita del firmamento.

Me excita y me tienta,
seduce y provoca.

Hay una mirada inolvidable:
me bastan tus ojos para atraparla.

Éxtasis

Claroscuros de mi mente
se forman al tocarte,
al blanco que arranca tu cuerpo extasiado.
Revelada la silueta
y develada mirada serenada.

Surgen de mi mente
manos amarillas palpitando aceleradas,
mejillas y muslos combinados,
péndulos con aretes y brillantes,
pechos sedentarios
y amores desbocados.

Te tengo en mi mente
para no rasgarte nunca
y palpito con latidos de dicha insospechada.
Llevo la sonrisa a flor de día
con ideas de colores y tu piel morena.
No se borra en mi memoria,
ni se nubla a la distancia.
Siento la felicidad en cada pensamiento
y te siento singular al forjarte entre mis manos.
Mi corazón revienta henchido y satisfecho.

Eres la delicia hecha flor a la mañana,
eres la pasión de todo infinito,
de todo contemplado, de todo tiempo prolongado.
Arden las ideas con tu cuerpo figurado,
germinan iracundas las palabras y los verbos,

renacen pueblos conquistados,
derrumbes y glaciares,
y a ti sólo te toca mi mente almidonada
con el éxtasis de hombre enamorado.

De los lóbulos pletóricos del amanecer y la mañana,
de la noche trastocada,
de los cuerpos flotantes, ungidos,
y trenzados y acuerpados;
de los músculos abiertos
como mariposas no alcanzadas:
A ti te debo mi estelar sonrisa, galáctica e infinita;
A ti se debe mi ilusión específica y concreta;
En ti me amarro cada día y cada hora
a lo profundo del amor ilimitado.
Amada y más amada,
mi mente se aclara en tu figura.

La noche y tu mirada

Perenne, eterna, inquieta,
como libélula diamantina,
como estero entre los brazos y en la mano.
Eres el centelleo de la noche,
la frágil luna inamovible,
el destello acumulado,
la rotunda mirada de los astros.
En ti recorren los vientos su gemido.
En ti se apagan los dolidos ruidos,
se vuelcan uno a uno hasta quedar silentes.

¡Ah!, la noche misma en tu mirada,
en tu pupila abierta hacia la vida.
Y la oscura cúpula del orbe
mirándote a la cara,
como yo te miro, allá en la lejanía.

Claro de la luna

Soledad y celos

Buqué de copas cristalinas,
arden en ti las ansias feroces y esquivas.
Las manos vacías y allá la lejanía...

Poeta errante y ciego
buscando la marea de tus ojos.
Estero en llamas. Furia abrupta.
Frenesí de copas.
Y allá, tú en la lejanía...

En mis manos vacías
caen los frutos sin jugo y sin viñedo,
como brújulas viejas de galeón vencido.
Cuantiosas ansias se derraman
en el consuelo obcecado
en que deseo tu cuerpo.
Me carcome la angustia,
me devora la codicia,
y no tengo tu mirada
entre mis manos atrapada.

Tú, airosa, frágil, centelleante,
caminas por los páramos
entre sonrisas y extraños.
Allá en la lejanía...
Allá donde se escapan
mis deseos y mi anhelo.
Allá donde se esfuma
la ilusión de una palabra
o un afán exclusivo e indiviso.

Que no te toque
más que el viento de mis besos.
Que no te palpe
más que el soplo de mi boca.
Que no te cubran
más que mis voraces manos.
Que te vistan sólo mis quebrados ojos.

Buqué de copas y de aromas.
Poeta errante que vive de tus besos,
la euforia plena en que se va el consuelo.

Voraz catador sediento por beberte.
Y tú, allá en la lejanía,
en tus alegres campos,
durmiendo entre sonrisas,
me dejas el destino de tu cauda
en el semblante de un buqué que no se bebe.

Mis acorralados cantos
se ciegan por tu ausencia.
Deja que te toque
como toco en las mañanas las farolas
y las palpo y las beso y las devoro.
Deja que te sienta
suave y recostada entre mis hombros.
Déjame sentir el pleno de esa brisa
y tus cabellos volando hacia mi rostro.
Que no te toque nadie,
tan sólo mis labios que te duermen.

Mis manos caen en la copa.
Buqué de llantos y quejidos.
Buqué de espera y letanía.
Furia ciega embravecida.

Y tú, a lo lejos,
bella y pura en tu sonrisa...
Allá en la lejanía... donde no te cubro,
donde no te escucho.
Allá en la lejanía...

Momentos

Me tientas y te tiento:
Tu mano hace en mí
lo que la semilla hace al fruto.

Me tocas y te toco:
La noche plasma en ti
lo que a mi pecho tu latido.

Me palpas y te palpo:
Te envuelves en mi cuerpo,
te fundes y diluyes.

Te acaricio y me acaricias:

De un torso a otro torso,
de un giro a otro giro.

Te instigo y me instigas:
Provocas e incitas,
provoco y seduzco.

Me acerco y te acercas:
La noche hace en el tiempo
lo que la cópula en el nido.

Te beso y me besas.
Te callas y me callo.
Te vuelcas y me vuelco.

Tú, sólo tú

Nuevamente el mar, tus ojos,
su cauda, su marea desbocada,
el deseo atrapado en su torrente campanario.
Ondas como caracolas sucediéndose una tras otra
y llegando a tus rodillas
para reventarse en luces de colores amarillos.

Te extiendes en la plenitud del agua
y creas el oleaje con tus dedos.
Y ese mar te palpa humedeciéndose las manos
para resbalar en tu cuerpo delicado.

Tú creas el mar en la mirada de la tarde que me toca.
Tú forjas la vastedad del deseo que me excita.
Tú sueltas esa ola que seduce y agita,
y la revientas nuevamente
hasta que mi pecho la palpita.

No encuentro maravilla
más allá de tu mirada.
No existe fundamento
más allá de tu pupila.
Evoco todo cuanto existe
y se resume siempre
en tus ojos que relumbran.

Nuevamente tú, toda tú.
Así el mar te llama, así la ola se recrea,

así la oceánica y sumergida flora
te empapa y te arrulla,
así todo cuanto es
termina en el centro de tus iris.

Mar, siempre mar,
como tus alas,
como tu boca.
Náutica y preciosa,
viajera y desprendida.
A ti el mar llevó de cresta a cresta
hasta surcar la proa.
De vela en vela
las dormidas aspas se agitaron bajo el agua.
La barca generó la brisa,
tu labio suscitó el aura.
El viento desprendió la noche,
y tu cuerpo frotó mi adolorido tronco.

El mar musitó el gemido,
tan calladamente,
que aún teniéndote a mi lado
no pude ni oírlo.

Ebrio de ti

De la cava extraigo el aroma de tu boca.
Sabor a vino tus labios endulzan esta copa.
Toda fresca cual racimo, toda dulce en la vaina.
La barrica en que tus besos fermentaron los suspiros
y el elixir contagioso en que nos vimos.

Gota a gota fui saciando la sed
y el embrujo en que caté tus labios.
En la noche del destino
nos bebimos juntos entre risas y ambrosías,
entre besos y caricias,
y quedó la luna
embriagada y cortejada,
y quedó la noche
en el aroma de tu almohada.

He bebido como el mar que sorbe sus fronteras:
Los ojos de tus playas,
las sábanas que vuelan tras tus brazos,
la fértil cosecha de tus muslos,

el arroyo que riega tu espalda donde habita
la desinteresada tela de tu cuello.

Ebrio, ¡sí!
y no puedo esconder la copa de mi mano,
y no puedo encubrir el beso
que derrama de mi boca.
Aturdido entre tus brazos evoco
tu silencio y mi silencio.
Frenesí de copas, de besos y de aromas:
la callada copa en que marqué tus labios.
Frenesí de nudos y gargantas.

¡Que se calle la noche por un rato!
Alzo la copa y bebo de tus labios
en el brindis de tus besos,
el aliento aromático que emerge de tus pechos.
¡Que se calle la noche por un rato!

El amor volvió

He de confesarlo, sí,
que decirte amor rompió la calma que tenía.

Ah Venecia pura, góndolas de viento,
velas que del fuelle se extravían en suspiros.
Me quedé en el puerto de los sueños,
en la barca airosa de la risa,
bebiendo noches, saboreando lunas,
galanteando auroras.

Y el amor volvió y se quedó prendido
como el muelle salpicado de latidos,
donde el mar iba y venía,
donde yo iba y lo traía.
En la resaca te veía,
en la ola te acogía,
y sólo las gaviotas murmuraban
cosas que el viento les oía.

Venecia hermosa del canal que me prendía.
El amor llegó en tus barcas,
en crecientes olas blancas
y el amor correspondía.

He de confesarlo, ¡sí!,

que en tus aguas me perdía.
El amor volvió y en góndolas me iba.

Venecia hermosa, amada mía,
sabes a miel de ébano y a baya dulce,
tienes el color moreno y rozagante
del puerto ebrio en que el paisaje
es durazno y azabache.
Llevas esos ojos cristalinos
que el murano escribe en lejanía.
Tu cuerpo es puente
y el balcón de mimbre
que en veladas noches se esculpía.

Preciosa, hermosa, dama mía,
el amor volvió a la vida
y tu boca me prendía.
Góndolas de viento, góndolas del puerto,
tus brazos me mecían
y en ellos me escondía.
Belleza y dulce mía, que en tus besos me acogía.
Góndolas de luna sobre un pecho que lucía
los más fragantes senos
que el alba merecía.
Góndolas de brisa que me dio la vida.

He de confesarlo, ¡sí!,
preciosa dama mía,
que besé la luna
en la Venecia en que tu ibas.

Negros tus ojos

Silbo en silencio la partitura de tus ojos.
Emiten una melodía de murmullos.
¡Qué sé yo! Se escuchan retumbar en las gladiolas,
entre arpegios dulces de begonias, crisantemos y los lirios.

Silbo entonces los bemoles de los nardos
y así en silencio abres los ojos contemplando el verano.
Llevo el corazón hasta la boca de las flores
y me silban al oído del iris claro en que te llamo.

Música de pausa, azules y respiros:
así tus ojos se abren y escapan a los vientos.

El eco aviva majestuoso su destino
e irrumpen siempre del follaje cristalino.

Negros tus ojos, del placer
inquieta en que desvivo,
del ansia por tocar la flora y su vestigio,
de la bruma clara y siempre acogidos.
¡Qué sé yo! De las ansias de mirarlos encendidos.

Silbo y canto por tus ojos vivos,
acorde melodía en que suspiro.
Música de viento, guitarras y gemidos,
ritual de manos en las cuerdas adheridos.

Te miro y palpo igual que al soplo mío,
aire y fruto que siembro en mi cobijo.
Me miras, te miro, ¡qué sé yo!,
igual que el pulso mío,
y me lleno de zarzas, glosas y suspiros.

Silbo al viento la partitura del gemido,
de tus ojos que murmuran mis sentidos.
¡Qué sé yo! De las ansias de tenerlos míos.

Amor

¡Qué ganas de mirar tus ojos!
Me hincó en tu pupila por tocarlos
y el otoño se deshoja por rozarlos
cuando se abren en sus ramas.

¡Qué ganas de mirarte toda!
Nacer desde tus manos
a la suavidad del pétalo,
a la frescura de un manzano
que se endulza desde el árbol,
a la hermosura de tu encanto.
Saborear la danza, como el colibrí,
que en su cotidiano aletear
seduce a la flora: le habla,
la corteja y la bendice.

¡Qué ganas de besarte toda!
Tener la boca que refresca y ama
y seduce y sólo a mí me llama

porque habla de mi boca.

¡Qué ganas de sentirte toda!
Y regalarte un beso cuando oigo
la palabra que me nombra
y me vuelve dócil en tu aroma.

¡Amor! Me llamas y trastocas,
me agitas y emocionas,
me vuelves todo y nada
y no encuentro más respuesta que mi boca.

¡Qué ganas de tocarte!
¡Qué ganas de palparte!
Vibro y siento los latidos
y no hay respuesta más allá
que mi boca que te toca.
¡Qué ganas de besarte!
¡Qué ganas de besarte toda!

Cherchez la femme!

¡Buscad a la mujer!
Aquella que del brazo de la lluvia ha besado
y ha dejado por doquier
rastros de un aroma inmaculado.

Aquella misma que es fragancia y delirio
por su encanto y que a su paso
rosas blancas respiran de sus labios.

La misma de los ojos nardos,
de la pupila negra de amaranto,
la del iris de topacio y de murano.

¡Buscadla a ella!
En el capullo de alelí y la gladiola,
en el azul del mar reflejando la farola,
en la pluma del merlín que en el cielo resplandece.

A ella misma,
que es pigmento de la tierra, alba y firmamento:
primavera seductora y otoño colorido.
La misma que en las manos
lleva el viento dulce de los trinos

y hace eco cada vez
que el ave hace suspiros.

A ella. ¡Sí, a ella!
¡Buscadla a ella!

Y si la encontrases,
y si la mirases,
decidle:
que guardo un beso para ella ilusionado.

Besarte toda

Contaré trescientas veinte veces trescientos
para besarte toda.
Vendré bajando desde la cresta hasta la cauda,
desde los riscos hasta las grutas,
de ala en ala, de pluma en pluma,
bajo tu sombra y bajo el aroma,
y por encima de lo que el alba
me dijo nunca me le acercara.

Empezaré de este a oeste
fijando un punto sobre tu frente.
Iré contando lento y despacio
pues hay besos que valen oro
dejarlos quietos sobre tu dorso.
Y hay besos que son de encanto
y esos los pongo juntitos todos
a que se agrupen
abanicando tu dulce vientre.

Hay besos que se hipnotizan,
se vuelven locos y caen cual flechas
para perderse en tu pecho y vibran.

Hay besos, y tantos besos,
que voy contando sin darme prisa.
Y cuento y cuento sin agotarlos,
sólo que ericen tu piel y tiemble.

Y cuando llego a doscientos treinta,
sin que lo notes,
finjo demencia para iniciar de nuevo
la cuenta en cero:

trescientos veinte, trescientas veces.
De oeste a este para ubicarme
y llenar de besos esos espacios
que me faltaron de este a oeste.

Trescientas veces para que sueñes.
Trescientas veces para que vibres.
Trescientas veces, a que me beses.
De este a oeste, cubriendo todo,
para animarte, para extasiarte,
para que sientas la primavera
que va naciendo desde tu vientre.

Encuentro con el mar

Murmura el mar

Murmura el mar...
Eco y resonancia de una gota cristalina.

Murmura el mar...
Y me hincó entonces en su arena.
¿Me entiendes? -Le platico.
Te hablo de ella...
Bajo tu azul mirada sus ojos cristalinos reverberan.

Te hablo de ella...
En la profundidad su boca.
En la distancia su silueta inquieta.
Y el horizonte que se acerca cuando siento que me toca.
¿Me entiendes si te digo que mi boca saborea?

Mar, ¡qué hermosa es ella!
Pálida, en tu cuesta, una ostra
de coral se viste, se descubre y se recuesta,
y a lo lejos, con la bruma,
su aperlada orilla a mí me mira...
¿Qué dirá de mí?
En la arena, de hinojos, platicándote de ella...

¿Tú me entiendes que su rostro
es vitral de tu marea?
¿Que sus ojos son tu lejanía
y se dibujan resguardándose
en tu abultada cabellera?

Mar, ¡qué linda es ella!
Hay gotas que en la orilla,
tan sólo por sentir las,
volatizan y sonrojan
y en sus labios se extasían.

Te platico que sus besos...
Mar, ¡hay besos como ella!

¿Tú me entiendes?

Murmura el mar...
Y me hincó ante su arena.

Maravillas

Sobre tu cintura adornada
se crecen las maravillas.
Cascadas de aroma y alba
se prenden cual ensenada:
unas se tejen de madrugada;
otras, de iris a tus pupilas.

Granates en dijes de oro
relumbran sobre tu cuello,
y la luna medio escondida
se merma por aludida.

Belleza atezada de un ojo negro
que baña la playa como un espejo,
las cejas lindas le adornan
y pintan las chapas de fucsia y grana.

¡Ay de mis sueños del ave!
¡Ay de los lirios en los agaves!
Si tenerla pudiera en breve
y sentir su cintura que abre
lo que detenta belleza de gema y jade.

¡Preciosa!: así las flores tu nombre escriben.
El dulce eco que arrulla y gime
de blancas rosas habla y emerge
y ante el rocío toca tu frente.

Guardián, el viento,
en ti esculpe y adora en canto,
fulgura tenue junto a tu mano.
Cuentan los sueños que fuiste aurora,
y en mi ventana, muy de mañana,
del viento te desprendiste.

De tus caderas
se cuelgan las maravillas:
nardos de espuma, sutiles rimas,
rosas de aurora que lidian
con el semblante de las orquídeas;
Versos primaverales que en el otoño

buscaron nidos bajo tu hombro.

Si yo pudiera, si yo pudiera
llenar mis manos de maravillas:
como tus ojos, como tus sueños,
como un destello de golondrinas.

Si yo pudiese besarla toda
y llenar mis labios de maravillas...

Soñando en tus brazos

Hoy que despiertas
y beso tu boca
y muerdes mis labios
para revivirme,
camino en la calle
sintiendo tus ojos,
y tocas mi dorso
cuando doy un paso
para darlo firme,
entonces me aferro a tu mano
y me siento seguro
bajo tu cobijo.

Me alienta y seduce tu aroma
de sólo pensarte.
Mi mente imagina tu rostro
y le llamo y le mimo
como al aire sonriente
que al sentirse tocado
se cubre apenado
y sopla agitado.

Y voy por la calle
sintiéndome gente
porque sé que tus labios
me pintan la frente.

Hoy que regreso de noche
y me abres tu cuerpo
y me dejas tu aliento,
me acerco en silencio
y haciendo un murmullo
te digo al oído:
¡Que estar en tus brazos

es lo más hermoso
que siempre he soñado!

Mirando arriba

Miro hacia arriba.
Me recuesto en esa aurora que un día nació bajo mis manos.
Y soy esa galaxia sembrada al infinito,
constelada con el tiempo,
cósmica y callada.
No brotaron de mis ojos más estrellas
que aquellas que miraron.
Y hubo polvo, ¡no sé cuánto!,
gravitando y forjándose en mis manos.

Ruge el mar: un vientre azul, distante,
y una mano recostada en tu pecho.

Ruge el mar: nébula astral y gravitada.
Y voy soñando como nave
que conoce sólo un camino:
que se entierra en besos,
que se esconde en paladares
suaves y aclamados por los vientos.

Y soy yo:
esa galaxia de calandrias,
ese azul de codornices
embebido y naufragado;
Cielo rítmico de versos que se explaya
por ponerlos en tu boca.
Soy yo:
soñando levaduras,
rascacielos matutinos,
tus labios y tus besos,
tus ojos y tus senos.

Me acurruco nuevamente...
Y sólo quedan los suspiros.
Y sólo queda tu belleza boca arriba
y mi mano en tu cuerpo, respirando,
soñando, suspirando,
durmiéndose en tu vientre,
soñando que hay azules.

Voy a sacar la primavera de tus ojos.

La misma siempre

Se me hizo raro sentir la misma boca,
los mismos nardos,
la misma nota de un violín que no se cansa,
la misma lluvia en el mismo rostro,
y decir de nuevo
que sigo amando
la misma boca,
la misma nota,
el mismo rostro que no se agota.

Tantos diluvios que han pasado
y sólo tu rostro
persiste y dura
tocando siempre la misma nota,
la misma cuerda,
la misma boca.

Y sólo tú,
y nadie más,
tiene un recuerdo
en ésta boca,
que sabe a beso,
como tu boca,
como las cuerdas
que me trastocan.

Y digo que amo lo que refleja,
lo que es intacto,
lo que preserva sabor a nuevo
y se renueva bajo tu boca,
lo que incitando se crece a diario
y nunca muere como tu boca.

Siempre la misma.
La misma siempre.
Me sabe a todo.
Me excita todo.
Sólo tu boca como tu boca.
Siempre tu boca. Tu eterna boca.

Todo nace de ti

Mana el jugo de tu vientre como profecía del encanto:
el extracto del sonido en los cristales puros de la noche.

Es tu vientre aquel destino que se abre, anuncia y manifiesta.
¡Ah! Aquella sedienta tez de besos que lo transfigura todo.

Todo nace de ti: en el pecado de los mares,
en la profundidad volátil de los pájaros callados.

Como un hijo me recuesto donde nadie ha nacido
y nazco nuevamente de tu vientre.

Todo nace de ti: la fulgurante sencillez del desafío,
la provocación por las estrellas,
la aglomerada noche y su tácita escultura.

En un compendio en que lo abarca todo,
mi sed por ti no cesa, mi amor por ti no acaba.

Manan de tu vientre los caprichos del verano
y los beso todos, en un fugaz destello que me atrapa.

¡Todo nace de ti!
Hasta el verano avasallante.
Hasta la más recóndita palabra de tu vientre.
¡Todo nace de ti!

Y me abarca.
Infinitamente a mí me atrapa.
¡Ah! Sedienta tez de besos.
¡Todo nace de ti! ¡Todo!
...Y me atrapas.

Aún suceden cosas

I
En tu ausencia,
aún suceden cosas:
Hay pájaros serpientes devorando colosales piedras.
Árboles de gubia que se talan a sí mismos.
Andrómedas que bajan a la tierra

y escupen fuego de la cornisa de sus alas.
Mil ciempiés de lunas y de agave saturando
resquicios de una historia que fuera de batalla.
Olímpicos diablillos que son como arbustos
picoteando cuanto objeto pasa por sus manos.
Todo pasa,
mientras yo me escondo y mi piel se vuelve colorada.
Estoy, y sin quererlo me desprendo de mi espacio...
A fin de cuentas mis raíces se expanden en el suelo
buscando líquidos vitales.

En tu ausencia,
aún suceden cosas.
¿Lo ves? ¿Lo notas?

Y regresas y todo vuelve a estar en calma.
Entonces me acurruco en tus brazos
a seguir soñando mil batallas.

II
En tu ausencia,
has de notar lo,
aún suceden cosas.

Y el soñarte es vital cuando te ausentas.
El decirte que tus rasgos aún de noche no terminan
y se expanden como luces por mi mente.

Yo lo noto,
has de saberlo,
que me llueven las sonrisas
y cada una se exalta si la miras.

Aún sucede que tu voz me arrima.
¡Yo lo sé!... Y que me aviva.

Y que tus ojos me abren los espacios,
me cierran más miradas,
me nutren de campanas,
me hierven en las manos.

Aún sucede que te llevas mis caricias
y son devueltas de tus brazos más crecidas.

¡Yo lo sé!... ¡Lo he notado!...
Aún suceden cosas cuando digo que te amo.

III

Aún sucede
que detrás de ti
te llevas estos ojos para cultivarlos.

Me pinta tu silueta el iris de avellanas.
Me siembra de montañas las curvas de tus faldas.
Me satura de equinoccios tu forma sin tocarla.
Me llevas por los fresnos cultivando tus meneos.

Aún sucede, tras de ti,
que me llevas de la boca
y no encuentro forma de cerrarla.

IV

Y el amor tiene esa picardía de tu lengua:
fresca, aromática y con fermento de existencia.

Aún suceden cosas,
¿lo sabías?..
que tu lengua a mí me sabe a alegría.

De tus besos

Te amo, ¿qué más?
Y se encierran en tu boca mis palabras
y una a una al pronunciarlas las disfruto.

Sólo tu rostro permanece.
Aquí, en lo alto, no hay vocablos.
Y no es que esconda el nuevo día
pero hay horizontes en que sólo tú te escuchas.

¿Habrás otro canto que te nombre
y que suave, como un verso,
en un rocío a ti te llame?

Te amo, ¿qué más?
Y me encierro entre las notas de tu boca a escucharte,
donde broten esos labios,
donde canten estos besos.

Y aún vibran las campanas sin sonido.

Se percatan de tus labios y difunden como ecos de extravío.
A lo lejos, sí, a lo lejos, aún se expanden sus sonidos.

Te amo... y no dejo de decirlo.
Alejados, como niños, van los besos de la mano.
Sonrojados quizá, sin mirarse, sin quejarse,
van tocándose cual ciclos de cariño.

Y me preguntan: ¿Qué cantan nuestros besos?
¡No lo sé!... Pero me llevan a tu boca, a tu lengua,
y es ahí donde escucho melodías contagiosas.

Una flauta dulce, un violín en llamas
va sonando hasta morir, va dejando cauda
como aves de alas grises y transforma los espacios
en raudal de querubines.

Te amo, ¿qué más?
Y eres tú la nota que converge aquí en mi día:
ese canto de besos que no expira;
Profundidad de labios que se tocan
y al callarse emiten sinfonías.

Y el tocar tus labios... ¡No sé!...
Es como amarte y transformarse en brisa.
¿Qué más?...
Si es el besarte en la boca mi alegría.

Amor, tú espigas

Amor, tú espigas con cristales el verano
en la onda bocanada de sus ramos,
y cómo me pegaría a tus labios
para beber el cántaro de miel que se ha llenado
y besarlos como nadie, ¡como nadie!,
para cernirte en la urna del deseo
y amarte simplemente,
y adherir mi pecho donde habites.

Amor, si hoy derraman de tus labios
los elixires que deseosos se han forjado,
sé de ellos: de tus besos por la tarde.
¡Jamás me llames!
Iré yo solo a besarte como nadie.
¡Y más!... ¡Y más!...

Donde pueda encubrirte entre rosales
y amarte como nadie... ¡Nunca nadie!

Desprendida y en tu boca

Del tiempo y tiempo, infinita era la bruma
y el sino que desnuda a un alba en madrugada,
con sus chapas encarnadas,
con sus nubes tul y rosa.

Y digo: Para nacer yo quiero
el sentimiento o la hondura de tu boca.

Y digo: derretíanse, cobijábanse y esculpíanse
y... ¡ah!... tan sólo con tu boca,
se abra y repose,
roce y acomode,
acose y mitigue,
apriete y apacigüe.

Y... ¡Ah!... ¿Qué quiero con tu boca?
Si ella sabe que respiro cuando pasa por mi boca.
¿Desprenderla como aroma?

Y... ¡Ah!... ¿Qué quiero con tu boca?
¿Si llevarla a que levante la corola que me asombra?
¿Si sembrarla y protegerla a que la mar muestre su ola?
¿Si dejarla en la arena a que la brisa la recoja?

Y el levante es una muestra de recóndita armonía
que dibuja tras la noche su figura amanecida.

¿Qué quiero con tu boca?
Luz de nieve, luz llameante,
baja estrella de horizonte.

¿Y qué quiero con tu boca?
Suave greda que adormece.
Dulce coro entre las hojas.

Blanca espuma que hace pompa.
Y es tu boca el sube y baja de una fuente desprendida,
cada lluvia y cada gota que regala de su cauda,
cada noche y cada rito que amanece en rebeldía.

Y... ¡Ah!... ¿Qué quiero con tu boca?
Si ella sabe que la llevo permanente con mi boca
y se conocen palmo a palmo cuando frotan y devoran,
que se buscan y se entienden,
que se observan y se esconden,

que se anidan y se duermen.

¿Y qué quiero con tu boca?

Abril y mayo como meses de tu flora.

Castigar al viento que te toca y que te adora.

Resguardar tu lengua y degustarla a cualquier hora.

Y... ¡Ah!... Tan sólo conquistarla y acercarla con mi boca.

Abrir el tiempo y sepultarme.

Sosegar al cosmos con su aurora.

Liquidar minutos que me apremien

y dejar tan sólo que tus labios se me acerquen.

Que me toquen...

¡Que revienten y me dejen, simplemente, a que te bese!

¡Ah!... ¡Tan sólo que se acerquen!

¡Tan sólo que se acerquen!

¡Tan sólo que se acerquen!

Aquella niña

Aquellas bellas callejuelas empedradas

y bañadas con jardines que colgaban

flores blancas como estelas fulgurantes,

sus ventanas de alquitranes,

sus floreros relucientes cual sedales

y los arcos que bajaban en relieves

como gotas que regaban las laderas,

una niña, había una niña

al que su lindo rostro de un balcón

se le observaba,

de la escuela la hora yo esperaba,

y corría y corría y corría

hasta mirarla, que sus rizos

se peinaba y de una mano

una horquilla como el cielo le alumbraba,

¡qué preciosa!, repetía,

y me quedaba abajo a que la luna

me alumbrara,

y corría y corría y corría

a besarla sin que ella lo notara.

y ya de noche a la casa me volvía,

¿qué te has hecho que tan tarde has vuelto?

mi madre reprendía,

y corría y corría y corría

a mi cuarto que un florero de granate me esperaba

y una flor de lirio de la tierra se asomaba,
¡así es ella!, me decía,
y corría y corría y corría
de la escuela sin zapatos por mirarla
y hubo un día, sin quererlo,
que bajó su vista hacia la mía
y su rostro sonrió en mi alegría,
y corría y corría y corría
por la plaza que se abría,
¡era mía!, me decía, ¡era mía!

El amor es todo

Déjame callarme ahora
y escuchar tan sólo el encierro de tus ojos,
muriendo como mueren los silencios de la tarde,
naciendo como pueden las estelas en los mares,
creciendo entre tus brazos ávidos de amores.

Oh boca desprendida de tu boca.
Hilarante noche intacta y sumergida.
En ti como ninguna encontré los labios y su acorralada flora,
el destilar del tiempo y el jugo seductor que hay en tu boca.
Aquí sentí el parpadeo caer como chubasco.
Aquí sentí el manjar de miel sobre tus cejas.
Y grité... ¡Sí!... Grité como en tu boca:
inmaterial y mía,
incorpórea y distintiva...
Acábame como el salitre.
Devórame. Instígame en tus senos.
Despréndeme en tus muslos.
Atrápame cual fino polvo
que se nutre de la levadura de tus soplos.
Revuélcame en la espesura de tus dedos.
Agítame en la solera de tus poros.
Entiérrame en el vientre de tus manos.
Recuéstame en el sol rojo de tus hombros.
Déjame latir pidiendo a gritos tu morada.

Ven a mí
callando todo,
muriendo todo,
que sólo el grito se escuche entre tus labios.
Aquí el amor nació ante tus ojos.
Aquí el latido se acogió y armó de brío.

Aquí los besos se arrullaron
a sentir lo que el gemido había acogido.

No... No puedo silenciarlo...
No puedo ocultarlo.
Hay en tu boca un desenfreno.
Hay en tus labios la inmoral tentación de los suspiros,
la lujuria de mi boca hecha pedazos.

Oh puerto incalculable.
Oh marea atizada tras los vientos.
Ven a mí callando todo:
En el silencio de sus labios;
En la frontera de sus iris;
En la inigualable altitud de sus chasquidos.
Ven a mí como una noria
desprendiendo aguaceros.
Ven a mí como sus besos...

¡Puerto abierto el de tus ojos!
¡Puerto inmenso el de tus manos!
Oh marino, aquí tus labios... aquí tus besos.
El amor me ciega...
Ven a mí como tus besos.

Desde tus ojos

Amor... una poesía

I

Me encandilan tus ojos de poesía.
Y son un verso, y una estrofa, y otro verso y tus pupilas.
¿Y la rima?
¡Ay mi linda!... ¡Tu alegría!

II

Aparecen tus ojos en mi verso...
y dejaré poesía.

Y al voltear tu rostro:
tu sonrisa, tus labios
y el versar de tus pupilas.

¿Y aún así me dices que mi verso es rima?
Tu boca, tu alegría... y lo demás se torna dicha.

III

¿Qué tiene el verso?:
ritmo, rima,
y de imagen tus pupilas.
Lo demás: tu belleza en poesía.

IV

Es bonita cuando nace la poesía.
Leo un ojo, luego otro,
y en el verso tus pupilas.

V

¡No es posible!
Si me llevas de la mano en esta rima.
¡Ay bonita!
Si eres tinta y corazón de poesía.

Amor... y tu ternura

Finalmente, una mañana eras tú...
Como una ciruela madura tus ojos crespos
se abrazan a los míos
y los iris tiemblan en su inmensidad de arrullo.
Tú llevas la ternura inherente.
En ella se cobijan mis inmóviles miradas.

En ella se refugian cual sardos en trincheras,
y me vence en la caricia como el polen
que se va entregando a sorbos a su amada.

Tú escondes el amor en lo profundo,
y lo sacas reluciente
en la multitud del tiempo en que te habito.
Ahí hay brisas de ternura.
Ahí la dócil bruma calma sus mareas.
El sosiego de tus ríos llama la humedad
de mis dolidos surcos.

No encuentro fruto ante tus manos.
Una mañana eras tú: La tarde misma;
El silencio de la noche;
La estrella errante y poseída;
Cada lágrima del firmamento.
Y tu ternura... Toda ella...
Sólo ella...

Amor: ¿dónde has escogido el alba para amarla?,
¿dónde has protegido el paisaje de alborada?
Eras tú el sonido mismo.
La singular profecía universal del cantar de las palomas.
Oh amor, entre tus brazos se pierde mi memoria
y soy distinto.
Sólo tú me reconoces.
En ti pierdo los años y los días.
En ti el fruto vuelve y se hace mío.
A ti devuelvo la milimétrica sonrisa
que mi pecho ha guarecido,
y se crece entonces desbordante en cofradía.

Oh amor, mírame si acaso entre tus brazos.
Aún despiertan en ti las azucenas.
Aún dormitan crisantemos que arrullándose
bajaron a tu pecho.
Aún crisálidas se escapan aleteando en tus cabellos.
Duermo yo bajo el cobijo de tus dedos.
Y soy distinto.
Sólo en ti encontré lo que el amor vistió sobre mis ojos,
y tomé con ellos
la ternura indivisible que desvive hoy en mi pecho.

Hay ternura que en mis lágrimas se vuelven mirlos.
Hay ternura, toda ella, que desprende de tu boca.

Y me basta una, sólo una, a quererla con mi boca.

Amor... tú vuelas

Dibujábate alas en las manos:
pajarera, airosa,
prodigio de los vuelos y las flautas,
mariposa nocturna de mis besos.

Eres el brotar de las petunias:
En cada pétalo tu alma esconde
lo que el viento al vuelo.
En el racimo de tus ojos se anidan las corolas.
En los fríos inviernos el calor emerge en aguaceros
y tus alas brotan como capullo en galanteo.

Mariposa mía, de las blancas nubes:
Vuelan en ti las tardes como azaleas
y se perfuman entre mantas al abrir tus alas.
He llegado a ti encubierto entre el rocío,
pernoctando al abrir de tu capullo,
y tus alas, aún mojadas,
van goteando su color de lirio.

Te abres al azogue de los brillos,
y te miro, simplemente,
mariposa mía,
como el vuelo de una noche y mi suspiro.

Amor... si te digo

Y si te digo que ahí resido:
en la altura, en lo profundo,
boca arriba y boca abajo,
desbocado y trastornado,
enloquecido y tumefacto,
hilarante y excitado,
como un beso que se escurre
de tu adentro hacia tu pecho,
que se hilvana coqueteando
en cada parte que te roce
o en cada parte que tocando
vaya siempre admirando,
y vaya entonces tu semblante
como un dulce saboreando.

Y si te digo y cuento
que resido
como parte
de un encuentro que del fondo
va sumando,
porque siento que es adentro
y en tu vientre que te aclamo.

Y si te digo, llanamente,
que en tu piel yo voy corriendo,
devorando tus portentos,
y me asombro a cada instante
del valiente galanteo,
o me asomo por tus ojos
si hay pedazos que no toco,
a hacerlos míos recorriendo
cada espacio de tus poros.
Ahí me escondo
como en casa,
como simple centelleo
que desprende algazara.
Ahí me duermo
como noche descubriendo tus recodos.

Y te digo y cuento
que venero lo que tengo
y siento en ello
que la vida es sustento,
porque vivo y palpo
que ante todo,
y por todo,
me desvivo
yo en tu cuerpo,
cuando siento desde el fondo
estos labios derritiendo.

Del amanecer y otros versos

Delicias

Como una ofrenda iluminada me alegra tu sonrisa
y el eco que retiene va al alma mía.
Tierna, entre las hojas, te resguardas de mi vista,
te vuelas como airosa y te pierdes en la brisa,
y aquí, entre mis brazos, callas y persignas.

Mi cuerpo se complace, tu lengua te predice,
regresas nuevamente a que te atrape
y te atrapo, entonces,
como un labio que brotase de mi alma.

Me gusta el beso que es parte de tu ansia,
y lo alcanzo como alcanzo el paraje entre neblinas.
Cautivas mi sonrisa
y se llueve y se extiende sin que nadie la tocara.
Y luego que es devuelta,
suena un labio lo que al alma es caricia:
Mi alma, así encendida, retoza en tus delicias.

Valentinas y romanzas

En tu mirada puedo dejar mi ausencia,
en tus pupilas mi presencia.

Donde nadie te toca, estoy ausente.
Cuando alguien te besa, estoy presente.

Yo guardo tus secretos en mi alma triste,
amarrados como teas que se avivan solas.

Y el amor que brota de tus ojos
se interna y permanece en el alma mía.

Ahí estás tú en mi existencia: dulce y fresca.
Y dormitas sigilosa con tus párpados de seda.

Después abres tus ojos y tan sólo
es en tu boca que mis labios los acallo.

En tu mirada abierta me reavivo,
y tu pupila fija resguarda lo que habito.

Así, en ti vagan las horas cual bengalas esparcidas.
Llenas de mí tu silencio. Lleno de ti mi alegría.

Y vuelvo de nuevo a mi cobijo:
en tus pupilas, adentro, sin que nadie me interrumpa.

Chiquita mía

Cotorrita albidorada, hervor de azalea,
nochebuena fresca en la lis del alba,
preciosa gota de tul y aroma,
diminuta ala del coral que asoma,
desprendida esencia que del tule aflora,
primavera tierna de la guaba en yerma,
cristalito verde de tu dulce boca,
amalgama en gema de la rosa flora,
trinitario dije, prodigiosa aurora,
escampado arroyo que del lirio brota,
chiquitita mía, mi preciosa espora,
crisantemo claro del azul del agua,
mi esparcida alondra, mi adorada reina,
corazón y amada, adalid de mi alma,
cotorrita clara, mi bonita cala.

Me dan ganas de besarte

Respiro pájaros a veces
y me da una tentación enorme de besarte.
Respiro a veces de tus partes
que prenden estas ansias
y me dan ganas de volcarme.
¡Qué quieres! No logro contenerme.

Te respiro nuevamente
y es de nuevo que me enciendes.
Y sé que no es consuelo
el decirte que te veo.
Tan sólo es que me prenden
los anhelos por tenerte.

¿Y si te muerdo a besos:
el pecho, el muslo,
el cuello y sus contornos,
los cachetes de rosa aglomerados,

el vientre invadido por mis manos,
los glúteos frescos y acaramelados,
la espalda líquida que en mí resbala,
podrás acaso contenerme?

Respiro acacias... me aquieto y callo...
Y otra vez vienen tus partes a mi mente:
tus pies desenroscados,
tus brazos de costado,
tus muslos aromados,
tu espalda derramada,
y se vuelcan de nuevo mis ganas por besarte.

Respiro aves... Respiro helechos...
Respiro aire...
¡Y me dan unas ganas de besarte!

Dulce mía

Cristal de nardo y canto florecido,
escúchame:
desde mi corazón en que tú has brotado
los pájaros emigran hacia ardientes primaveras.

Oh dulces labios nacidos de mi herida.
Mi sangre en ti acaricia las fronteras de la vida.
¡Hay tantos besos como aves...!
¡Hay tantas lunas por tu boca!

He robado del aire hasta las notas.
Han corrido las laderas por tus formas.
Y se esfuman sin tocarlas.
Y de nuevo brotan donde puedo alcanzarlas.

¡Oh pájaro! Tu silueta se hizo rosca con la mía.
Se anidó donde el arrullo ya no pudo.
Se abrazó a mi pecho hasta el gemido.
¡Oh nube portentosa en que he caído!
Háblame de ti como un suspiro.
Atrápate en el limbo de mi cuerpo.

Apegada como un labio a mi latido:
Dulce... Infinitamente dulce te he sentido.
¡Ah!... Que no encuentre los sonidos.

Que no encuentro la forma de decirlos.
¡Cómo es que tu cuerpo acarició el mío!
¡Cómo fue que me palpaste hasta el delirio!
Y en silencio, todo fue sigilo:
un besarte y un hallarte...
un amarte y un callarme.

Dulce mía:
¡hay tantos besos!,
¡tantos roces con tus roces!,
¡tantas lunas con tus lunas!
¡Ah!... Infinitamente te he sentido.
Infinitamente en ti he caído.
Heme aquí en la rivera de tus labios.
Acudo a ti como un instante
y me hundo solo hasta la muerte.

¡Oh buque del fugaz marino!
Velero en puerto, abrupto y ciego,
una barca va en tus labios.
¡Oh cueva de gemidos!,
tu labio es mi destino.

Infinita hasta la muerte.
Llévame en tu sangre.
Navégame en tu río.
Infinito es mi delirio.

Devaneos

Para planear los vuelos, voy en tus labios.
Para escuchar los vientos, tus devaneos.
Para besarte un tanto voy en tus curvas y galanteo.
Para alcanzar los mares, sólo tu vientre.

Sabes a pulpa del arrecife:
húmeda arena, fresca y jugosa,
de añil escote, de limpia caña,
de faro en sima, de estampa virgen.

Cruzan mis ojos tus curvas y alas:
desde tus nortes, sobre tu frente,
cercando el muslo, nadando el pecho,
malavareando para alcanzarlos,
sin que se escondan para soñarlos.

Amo tus labios así amarrados,
así en la arena desdibujados,
así en la cerca de gris pintados,
sobre mi boca alborotados,
presos de miedo para besarlos,
rojos de lluvia y enamorarlos.

Me gusta atarme a tu talle
para sentirla cuando la noche y le hable,
asirme a tu cuello como velero
y dejar la ola nadando en coplas
para que rasgue tus ropas y así me acojas.

Devuelvo tus ojos a la intemperie
para que un rato de mí se apiaden,
vuelvan envueltos de mar abiertos
y dejen tu cuerpo donde lo encuentre,
donde lo mire, sin más buscarte,
en flor y abierta, como resaca,
para ocultarme y ahí quedarme.

Mi dulce encanto

Emigran tus iris hacia los valles.
Zarpan las noches, caen serenas,
gimen silentes los astros nuevos sobre las yerbas.
En ti fulgura el viento como las mieles.
En ti se encarna el alba para crecerse de mil colores.
Arden los cielos cuando las aves dejan sus rutas.
En cada parte aparezco siempre buscando un nombre,
un solo nombre, para tu nombre.

Tú.
Entonces tú.
La mar y tú;
crisol de espumas, verbena de olas, festín de azaleas,
acuarela en malvas sembrando estelas.
Tú: hermoso jazmín de velas,
preciosa como atolones en sal y arenas,
chiquita como los puertos izando aromas,
atractiva como el nácar que duerme
y acurrucándose vuela sembrando caudas,
amena como las noches del mar abiertas,
risueña como las ostras que luego sueñan,
fragante como la estrella que azul campea.

Maravillosa: tu forma vaga y divaga en mi sien y escala,
retoño virgen de las bahías que vive sólo en mi alma y canta.

Tú.

Entonces tú.

Emigra un beso a la mar y sopla.

Emigra el alma en la sal y escapa.

Bajo tus iris se esconde como una ola,

y luego vuelve, gime y retoza,

y luego ríe como una rosa.

Entonces tú, como la mar: mi azul preciosa,

mi linda gota,

mi bella briza soplando airosa.

Emigra un beso y la mar te toca.

Describiéndote

Tus manos

Ramitas de tus manos:
frescas, suaves,
tejiéndose ventilan
rozagantes sus verdores.

Ramitas de tus manos
retoñando cual caricias,
y desprenden sus botones
cada día que aclarece.

Ramitas de tus manos:
verde fronda
que renace siempre en flora
y se esconden tras los campos
colectando madrugadas de duraznos.

Tus dedos

De la liana descolgando
se persigna el amaranto,
con sus flores terminales
y espigas de colores.
Llueven peras y membrillos.
Caen fresas por racimos.
Y en tus dedos dos anillos
de cristales bendecidos,
coquetean con la almohada
esperando mi cobijo.

Tus pies

Hay espigas, tú lo sabes,
que tiritan cuando el frío
y se recubren con zorzales,
a que se alcen por los aires
y desgranen cual azahares.
Van flotando y van surcando
melodías en los valles.
Van de mano de los mares
encubriéndose en gabanes.
Van cubiertos en violetas
cual musguito y azafranes.

Tus rodillas

Del tronco del bambú
nievan bulbos de alhelí,
dos corolas finas,
crisantemos de vinil,
y se alzan sus estambres
a la par que el mes de abril.

Y de ese mes el alba,
en muestra muy gentil,
sacó la luna blanca
cual lucero de candil,
y dejó bellotas frescas
que las hizo para ti.

Tus párpados

Del musgo sube y se amalgama
como una hebra tu mirada.
¡Ay los tulipanes que se bañan y acaloran!
Jícaras de aroma exhalan de tu boca.
Y van pintándose las hojas,
y van oreándose azulgranas.
Se repiten tornasoles
y amarillos se transforman.
Se bifurcan en dos hojas
y en colores se avizoran.

Cuando cierran,
como alas se recubren.
Cuando se abren,
como pulpas van risueñas.
¡Ay las calas rojiblancas, van abriendo mis amores!

Tu lagrimal

Un geranio libre su amor de azul lloraba.
Dos gotas de lucero su azul rama pintaban.
A begonia de la tarde de azul le añoraba
y pedía a su tristeza que azul le recordara.
Así una noche vino en una estrella azul y plata.

Bajando la alborada tocó de azul su cara.
Geranio sonrojado, azul vistió a su amada
y dejóle la mirada azul y destellada.

Tu rostro

Nunca aprendí a mirarte rosa
y, sin embargo, cada parte era tuya.
Oh mi canto de agua y alabastro.
Oh poema de alas y ternura.
Cada parte tuya. Cada rosa tuya.
En la intimidad del cielo eras ella.
En el silencio de mis manos.
En la inmensidad de mis deseos.
Tu bello colorido. Tu rostro dibujado.
Tu sigilo contenido.
Y un día, tu mirada:
¡Toda rosa... Toda rosa... Toda rosa...!

Tus palmas

¡Ah... la luna, la luna!
Aquella que callada y sigilosa te miraba
y en tu palma una gladiola colocaba.
Pero no sabía que en mis brazos ya te hallabas
y eran nardos que en tus palmas se arropaban.

Tus pupilas

¿Y tú me hablas de los lirios?
Si despiertan cuando se abren en tus ojos.
Si retoñan cuando ciegan tus pupilas.
Si se cubren de neblina
cuando escapan en la brisa
y se acomodan para verte
cuando doblas una esquina.

Tus piernas

Ya son petunias de la tarde.
Ya son helechos de la noche.
Manzanillas que develan tu figura.

Cannas coloradas de naciente primavera.
¿Para mí?
Violas lindas de tu huerto y la ensenada.

Tu boca

Neptuno: a ti dedico mi Afrodita.
Sus zinias de belleza;
Su corte de dulzura;
Su dulce silueta de avellana;
El sembrado de su rostro.

Devuélveme sus ojos en malvas de alegría.
Regálame sus iris en cánticos que vivan.
Envuélveme en sus manos, del alma a que sonría.
Yo bebo de su boca: mi fuente y poesía.

Tus cachetes

Sonrosada clavelina,
cañaveral de luz y flor divina:
¿fue el maíz el que pintó tu hoja?
¿Y el tinte que escurría en tu cachete se dormía?

Shhhhhh... Callada. Una alondra agazapada.

Sonrosada clavelina,
que arrullaras su estadía te pedía.
Y ya animada, la alondra sonrojada se reía.
Sonrosada clavelina, de alegría a tu cachete se prendía.

Tus orejas

Nació la nochebuena,
y un día se prendió a un lado en tu mejilla.
No escuchaba:
ni mentiras, ni blasfemias,
ni calumnias, ni injurias,
o reniegos o ultrajes argüenderos.
Vestía de sotana y dos aretes le colgaban.
Y una tarde en su silencio
se fue al cielo
bendiciendo sus consuelos.

Toda roja. Toda verde.
Y cubriéndose su oreja
por si alguna abeja
con su miel la cortejaba.

Tu cabello

Espigolinas curiosas, chiquitas,
se colgaban de las ramas,
se enganchaban cual varitas desprendidas
y danzaban cuando el aire las tocaba.

Espigolinas diminutas y preciosas
que rizaban la fontana.
Tan pequeñas que volaban.
Y volaban cual hilazas
cuando el cielo desde arriba las frotaba.

Tu ombligo

Voy a sacar los crisantemos
uno a uno de tus dedos.
Voy a juntar jacintos
y a rodearlos de amapolas.
Y dejaré un florero
en tu epicentro,
donde crezcan y se escurran
cual racimos tus portentos.

Tu pecho

Campos cual floreros y campos de tus pechos.
Todo es suave. Todo es dulce.
Se fermentan los jazmines.
Se recrean rododentros.
Se evaporan manzanillas.
Purifican las orquídeas.
Late adentro algún ciruelo.

Todo es terso. Todo es puro.
Campo rojo del cerezo.
Bruma tersa del agave.
Limo blando de las cremas.

Un perfume que renueva
sus fragantes malvarrosas.

Tu perfil

Parabienes de un jardín
han bajado tres colores,
tres perfumes, tres olores:
El cariño en un clavel,
la ternura en una lila
y el amor en un jazmín.
¿Y la luna?
Va cantando en tu perfil.

Tu espalda

“Agapantos”, gritaban los pompones,
y caléndulas gloriosas se asomaban.
Fruta y sorgo derramaban sus sabores,
y era un campo inmenso en que su flora
por doquier diseminaba.
Bello valle custodiado y perseguido por los Dioses.
Saboreaban, decían, del Olimpo sus colores.

Tu mirada

Deduzco en tu mirada
una sonrisa de guirnalda.
A ratos cabizbaja,
a veces dormitada.
Se queda muy callada
al verla contemplada.
Y le hago una mueca
tan sólo a que se mueva.
Así renace y vibra,
cual versos de ensenada.

Mi cuerpo vibra

Un cuerpo entero como los caminos.
Mi corazón depende de sus manos

y el frío glacial hoy se derrite...
La primavera emerge en mi latido.

Viejo estero, viejo anclaje,
el amor se enterró en su cuerpo.
¡Oh!...
¿Qué fórmula me diste?
¿En qué cúspide me alzaste?
¿A qué pájaro del ala transformaste?
Aquí redimo todo:
cielo a cielo, nube a nube,
como un cóndor que contiene,
como una zorra que escabulle.
¡¿Qué brazos me extendiste?!

Clamo a ti:
infinita y torrencial.
¡Regálame tu vientre!
Tú: patria y muerte conjuntados;
polvo y aire;
surco y greda;
grano y fruto.
¡Regálame tu vientre!
El cuerpo de la mina y del follaje.
Los árboles del monte y de tus manos.
La siembra del forraje y tus cabellos.
El precipicio que temblara ante tus ojos.

Oh mis desbocadas noches.
El temblor de un cuerpo en tu cadera.
Ese ardor de labios por besados.
Esas grietas trastornadas entre abrazos.
El calor de un alma resguardada.

Oh pedazos de mi cuerpo.
Aún tiemblan las cortezas de mis piernas.
Toda tú, fecunda y nebulosa.
¡Regálame tu vientre!
Acógeme a tus piernas, tu cadera,
tu pecho volátil de uva dulce,
la certeza de tus ojos cristalinos,
las polveras de tu frente,
la cilíndrica agonía de tus hombros,
el perfume puro que desviste de tu espalda,
a los muslos etéreos y escalados.
Yo tiemblo en la hechura de tu cuerpo.

Soy latido de un paisaje en desenlace.
Acribillo al tiempo y lapido sus segundos.
¡Oh pasión!
Pasión la mía.
Verdugo de tu cuerpo y la caricia.
Monopólico escultor bajo tus labios.
En ti entierro los espacios y los años.
A ti acudo respirando los sonidos.
¡Regálame tu vientre!
Soy ese volcán que nunca muere.
Esa perdiz de las alturas.
El sueño que alcanzara a las cometas.
La furia de los mares sin sus aguas.
¡Regálame tu vientre!

Mortal pasión la mía.
¡Mi cuerpo vibra!...
¡Oh desenfreno!
¡Mi cuerpo vibra!...
¡Regálame tu vientre!

Agonía y éxtasis

Agonía y éxtasis

I

Nietzsche, también me dejé de existir.
No por la tierra, ni la esencia o una partícula sombría.
Ella... fue por ella.

Se acumulan tiempos, espacios y silencios.
Se agigantan las notas y al vaciarse todas
se doblegan y llorando desconsuelan.
No hay caminos ni retornos.
Sin sendero, una tarde triste hace verano.

¡Ay! ¿Por quién lloran las campanas?
Sólo ellas reconocen su silueta,
y mi voz... mi voz se quiebra.
¿Por quién lloran las campanas?

Las dolidas cuerdas crisan de su pena.
Los péndulos divagan excusando sus quejidos
y se arrancan de sus cuerpos
destruyendo los sonidos.
¿Por quién lloran las campanas?
¿Por quién tiemblan sin sus venias?

Rememoran lontananzas
como sombras que se esparcen,
y sin rostro, en agonía,
ya no hay eco que propalen.

¿Por quién suenan melodías?
¿Por qué suenan imprecisas?
Mi voz se ahoga
y no, no siente lo afligida.

Allá, a lo lejos,
pronuncio sus palabras,
esbozo su figura,
recuerdo su mirada,
y...
Allá, a lo lejos,
¿quién lleva su mirada?

Dame un beso.

II

Dame un beso.
No he sentido la ternura de otro beso.
Allá, de niño, los besos de mi madre...
Hoy se esparce el sentimiento por los aires.

Luego tú...
En la encrucijada de los tiempos:
sueño, espacio, vida y fuego.

Dame un beso.
Como pido agua y pido viento.
Mi voz se apaga ante tu aliento
y no respiro y me contengo.

Dame un beso.
Como sabe a dulce
y es devota la tonada en que te siento.

Dame un beso.

Tu boca sabe a reencuentro y fundamento.

III

Tu boca sabe a reencuentro y fundamento.
Atestiguo en ella siglos, centurias de caprichos,
tardes que fugaron como abriles,
noches entre luces dibujando caudas grises,
testimonios que volaron en mi mente.

Tú has amado el aleteo,
las crisálidas de octubre,
las noches largas que fluctuaron,
pletóricas hazañas que odiseas relataron.

Eres tarde fresca y mes de invierno.
Tu boca sabe a río y amalgama.
Tus labios cuelgan de pendientes
que las minas rescataron.

Un día besé tu boca
y tomé del mar su aliento.
Un día besé tu boca
y sentí la mar naciendo.

Ámame mujer, voy en tu pecho.

IV

Ámame mujer, voy en tu pecho.
Envuélveme en tu boca de aguacero.
Desvívete y desprende en zigzagueos.
Arrópame apretándome en tu cuerpo.
Escúrreme de besos y ajetreos.
Dedícame tus ojos crisantemos.
Engánchate en mis labios por si muero.

Despiértame mujer, voy en tu pecho.
Mi corazón renace y late férreo.
Recúbreme en tus brazos por si vuelo.

Abrázame mujer, en ti de velo
pasión y verso de mi anhelo.
Abrázame que llevo
palpitar de lluvia en mi deseo.

Devuélveme tu boca.
Aquí esparcí mi fuego
y tuve vida todo entero.
Devuélveme tu boca
hasta nacer de nuevo
y ser de ti canto y estero.

Descríbeme en tu pecho:
corazón rojo y lucero;
del aire su meneo;
del cielo, centelleo.

Vuelca en mí tu pecho y haz destello

V

¡Oh amada, vuelca en mí tu pecho y haz destello!

Frenética aspa de los vientos,
mi boca arde en tus reflejos.
Corre el aire en desenfreno.

¡Entiérrame en tu sangre!

Surco en ti el timón del tiempo:
la vela y el marino,

las cardas del velaje.

Oh amada, aquí germinan tus latidos.
¡Entiérrame en tu sangre!
Emerjo nuevo como un buque
y la mar se ciñe en este oleaje,
corcel de estampa y mi paisaje.

Mujer, mujer,
¡devuélveme a tus labios!
Sacúdeme con ellos
imitando los bramidos.
Devórame de un trago
sin que escape un sonido.
Abrázame en tu lengua
y fenéceme en silencio.
Callado, más callado que el silencio,
dejaré inscrito tu vestigio,
y un verdugo emergerá desde tus besos.

Oh amor, amor,
en ti despierta un paraíso.

Dame un beso: aire, mar y aguaceros.

VI

Dadme un beso: aire, mar y aguaceros.

Decidme bucaneros,
habladme:
si hay algo más que el aguacero.
Alzad la espada y el velaje.
Gritadme a mí vuestro coraje:
Aquí enterré los puños;
Aquí amarré los nudos.

Mirad al cielo y al estiaje.
Mirad las aguas torrenciales.
Donde haya puerto,
hay cresta y marinero.

¡Bucaneros!:
Aquí surqué los vientos.

¡Ella es mar, y yo: saeta y su velero!

Dadme un beso que me entierro.

Dadme un labio y desenfreno.

Dadme un pecho y voy latiendo.

Dadme el agua y soy venero.

Dadme el vientre que la quiero.

Dadme el mar, y en ella muero.

Bella dama

Bella dama

I

Usted que lleva siempre
mis deseos y arrebatos
y guarda en su talega
lo que miro en sus encantos.

A usted, preciosa dama,
que es parte y que confía
de un día en mi alegría,
y que abraza en la fineza
de unos besos la entereza
de saberse siempre mía.

A usted que lleva puestos
de mi pecho los suspiros,
y en sus ojos los anhelos
de quedarse en mis respiros.

A usted, mi bella dama,
a usted le digo en plena gala:
que aún guardo el más bonito
de mis besos a su alma.

II

Usted que lleva puestas
reflexiones y razones,
usted que sólo escucha
del mundo ilusiones,
le digo que mi causa es justa
en sus clamores.

Le cuento que es en ella
que difundo mis visiones:
la veo a usted vistiendo
del viento mis afanes,
la sueño a usted guardando
del tiempo mis quereres,
le digo que platico de usted
hasta en los mares.

En usted yo reconozco
lo bonito que es la vida
y reconozco que hay razones
que la envuelven en la mía.

Si no lo sabe usted,
cada mañana y cada instante
es un deseo el mirarle,
y a cada rato me sorprenden
sus imágenes al verle.

Usted es parte y todo
de una causa que pregonó:
la sentencia de alegría
que en la vida
yo me impongo,
el manifiesto a mis plegarias,
el motivo que devela mi proclama.

A usted la busco como parte de un trabajo
que labora cotidianamente en mis haberes:
que resuelve y que contagia,
que estimula y que alienta,
que refuerza y fortalece.
A usted le digo que es la llama
que me aviva y enardece.

A usted su rostro la dibuja por bonita,
y le digo que no he visto
a nadie más así de linda.
Me refiero a usted como
la luz en flor de mi ventana,
y la acaricio sin tocarla,
tan sólo en la mirada.

De usted, sí, de usted,
si no lo sabe,
le digo que hoy depende
ésta alegría
que se forja en mi alborada.

III
A usted
que le sorprenden las cosas de la vida
le digo que no ha visto
lo bueno todavía.
Si se acercara un poco,
le digo sentiría
mi pecho en su revuelo.
Y si se acercara toda,
¡qué cielo!,

¡por siempre haría mi vuelo!

IV

De usted presumo sus detalles:
la fineza en su escultura,
el portento de su arte,
lo selecto de su talle.
Y es que aún no encuentro
algún defecto que la marque,
aún no veo un filamento que no cuadre.

Es singular como las plumas en el ave:
en cada parte hay belleza,
y me sorprende que se entregue
dulcemente al sincerarme.

Usted me lleva y sin quererlo de la boca.
Usted me vuela y sin saberlo me trastorna.
Usted me cubre y no queriendo me descubre.
Usted me esconde y cuando quiere me sorprende.
Usted me atrapa y me desprende al besarla.

V

De usted es la belleza
y maravilla sin iguales,
la cauda que deslumbra
cuando agitan esos mares,
las nubes que reflejan
sus luces de corales.

Usted quizá lo sabe
y lo sabe en mi mirada:
¡qué linda es su pupila!
¡Qué linda es cuando me habla!

Usted provoca tanto
y provoca por su encanto,
me lleva contagiado
y me inventa agitado.

¡Qué linda es su mirada!
¡Qué linda es cuando me habla!
Usted, si no lo sabe,
me enciende y me induce,
me induce a que la mire,
la mire y que la bese.

VI

Usted lo sabe y lo repito,
y le recuerdo que en su cara
mil veces y que a diario lo recito:
la amo a usted,
y la amo como a nadie,
como a nadie más le he dicho.

Del autor.



Salvador Pliego. Nacido en la ciudad de México. Con estudios en Antropología Social y una Maestría en Sistemas de Computación. Como escritor inicia su carrera a finales de 2005 y desde entonces ha publicado los siguientes libros: “Claro de la luna”, “Flores y espinas” y “Encuentro con el mar”.

Fue premiado como segundo lugar en poesía por la ENSL en México y nominado como finalista por el II Certamen Internacional de Poesía “San Jordi” en España, 2006.

A la fecha ha realizado lectura de su poética en Estados Unidos, México, Perú y Chile.

Publica en revistas de Venezuela, Argentina, Chile y en diversos foros y grupos vía Internet. Su poesía ha sido leída en diferentes ocasiones a través de radiodifusoras en Venezuela, Perú, México y Argentina.

4 de abril de 2008